

COLECCION MARUJITA



CUENTOS COMPLETOS

LAS GOLOSINAS ENCANTADAS



COLECCION MARUJITA Nº 71
ANCI III

Las golosinas

encantadas

Sección Infantil

Burlado/952
Bdp: 122.890/951-
nota 11/951-

\$ 3.⁵⁰

BIBLIOTECA NACIONAL DEL DOCENTE
Y DEL ESTUDIANTE

5x160
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO
Migueletes 1023 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*



LAS GOS/MAS ENCANTADAS

Carmen y Carlos fueron a dar un paseo por la Colina Verde, cuando vieron un estrecho sendero que les era absolutamente desconocido.

—¡Caramba! ¿Adónde llevará?—preguntó Carlos.

—Quizá lo han hecho los conejos—observó la niña.

—No, es demasiado ancho para eso. ¿Quieres que veamos a dónde conduce?

Echaron a andar por él y entonces empezaron sus extrañas aventuras. Poco después llegaron a una diminuta aldea, compuesta de tres o cuatro casitas, y en medio de la plazuela que formaban vieron dos pequeñas tiendas, una de las cuales era una dulcería. Tenía un pequeño escaparate y en él vieron unas botellas altas y llenas de caramelos de colores.

—¡Una dulcería!—exclamó la niña, sorprendida.—No me figuraba encontrarla aquí.

—Este es un lugar muy raro—observó Carlos.—Al parecer, aquí no hay nadie, pero produce la impresión de que nos miran muchas personas.

La niña miró a su alrededor y pudo notar que todas las casitas estaban cerradas y que no oía ningún ruido. Lue-

go contempló las botellas llenas de caramelos y tras de leer las etiquetas, exclamó:

—Carlos, son unos caramelos muy raros. Lee las etiquetas.

Así lo hizo el niño, y, en efecto, los nombres de aquellos caramelos le parecieron extraordinarios. Una botella llena de caramelos azules tenía una etiqueta que decía: "Caramelos de gigante". Otros caramelos rojos tenían la indicación: "Caramelos de enano", y, por fin, otra botella contenía, al parecer, caramelos invisibles.

—Sin duda es una dulcería mágica—observó Camen, muy excitada.—Vamos a comprar unos caramelos con los veinte céntimos que tenemos.

Empujaron la puerta provista de campanilla y penetraron en la obscura tienda.

De momento creyeron que allí no habría nadie, pero luego vieron detrás del mostrador a un hombrecillo que llevaba unos anteojos sobre la larga nariz. A cada lado de sus puntiagudas orejas, le crecía un mechón de cabellos. En aquel momento leía un periódico de color azul. Levantó la cabeza y, sin mostrar ninguna sorpresa, preguntó:

—¿Qué queréis esta mañana?

—Desearíamos comprar cada uno diez céntimos de caramelos—contestó Carlos.—Al parecer son muy curiosos.

—No tienen nada de particular—contestó el hombrecillo.—Son como los demás.

Sacó las cinco botellas del escaparate y de cada una de ellas puso unos cuantos caramelos en la balanza. La niña observó que el hombrecillo ponía los caramelos de las tres clases indicadas y luego de otras dos llamadas "Pinchos" y "Otra vez a casa".



EXAMINARON, EXTRAÑADOS, AQUELLOS CAREMELOS

El vendedor puso cada una de las clases en una bolsita separada, tomó el dinero y, después de entregar los caramelos a los niños, reanudó la lectura.

—Cerrad la puerta al salir—les recomendó.

Los niños lo hicieron así y luego empezaron a examinar los caramelos sin atreverse a comerlos, por miedo de que les sucediese algo raro.

—Lo mejor será que le preguntemos a ese hombre las virtudes de los caramelos—aconsejó Carlos.

Entraron de nuevo en la tienda y el niño hizo la pregunta que deseaba, pero el hombrecillo se limitó a contestarle:

—Probadlos y lo veréis. Cerrad la puerta al salir.

Sin atreverse a preguntar nada más, los dos niños sa-

lieron y echaron a andar, pero no se fijaron en la dirección que seguían.

Pronto se vieron ante una puerta blanca que interceptaba el camino, de modo que no pudieron seguir adelante.

—Esto es cada vez más extraño — observó Carlos.

—¿Qué haremos ahora?—preguntó la niña.—¿Saltar por encima de la puerta? Ya estamos casi en la cumbre de la colina.

Se encaramaron por la puerta para pasar al otro lado y luego siguieron un camino limitado por altos setos, llenos de flores. Aquello era muy hermoso.

Una vez en la cumbre de la colina, miraron hacia abajo y, con gran sorpresa, vieron al otro lado un verdadero pueblo.

—No comprendo lo que pasa—dijo la niña.—Nunca había visto este pueblo.

Reanudaron el camino hacia él y una vez hubieron llegado observaron que los habitantes tenían un aspecto muy raro. Su cuerpo era redondo y tenían los brazos muy largos. Sus caras estaban rojas como tomates y llevaban unas gorgueras blancas que, por contraste, intensificaban el tono rojo de su semblante.

Algunos iban en unos automóviles como los de juguete, de modo que los niños no salían de su sorpresa.

Quedáronse en pie en medio de la calle, contemplando aquel extraño espectáculo. De pronto se dirigió hacia ellos, con mucha rapidez, un automóvil amarillo. Carlos saltó a un lado, pero la niña no tuvo tiempo y el automóvil chocó contra ella. Pero, con grande asombro, vieron que el vehículo estallaba como un globo de juguete. Ella no recibió ningún daño, mas fué derribada al suelo.



CON GRANDE ASOMBRO DE CARMEN, EL AUTOMÓVIL ESTALLÓ COMO UN GLOBO DE JUGUETE

El hombrecillo que tripulaba el automóvil voló por el aire y se cayó a su vez. Fué a parar al lado de la niña y, muy enojado, exclamó:

—¡Idiota! ¿Por qué no me dejabas paso? Mira lo que ha sido de mi automóvil.

—Lo siento mucho — contestó ella, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo,—pero no tenía usted ningún derecho para circular con tanta rapidez. Ni siquiera me avisó.

—¡Eres una imbécil!—exclamó aquel individuo, dispuesto, al parecer, a agredir a la niña.

Pero Carlos intervino dando un empujón a aquel sujeto y le dijo:

—¡Cállate! ¿No sabes hablar a una señorita? Lo que haces es vergonzoso y si tu automóvil ha estallado, se debe a que no sabes guiar.

Aquel hombrecillo se puso rojo de ira. Sacó del bolsillo una trompeta y la hizo sonar dos veces.

Inmediatamente acudió un tropel de individuos y se apoderaron de los dos niños.

—¡A la cárcel!—exclamó el sujeto cuyo automóvil había estallado.—Y durante sesenta días tenedlos a pan y agua.

Carlos estaba muy enojado, pero nada podía hacer contra tantos, de modo que él y su hermana fueron llevados a un edificio amarillo y allí los encerraron juntos en un calabozo. Carlos golpeó en vano la puerta, porque estaba muy bien cerrada.

—Mira, Carmen—exclamó Carlos de pronto.—Vamos a comernos un caramelo de esos. Quizá ocurrirá algo que nos sea útil.

Cada uno tomó un caramelo azul y se lo llevó a la boca y antes de que se lo hubiesen comido sucedió algo raro. Empezaron a crecer y a engordar, de modo que, en breve, se convirtieron en gigantes y su cabeza casi tocaba el techo.

—Esos deben ser los caramelos para gigantes—observó Carlos muy excitado.

Dió un puntapié a la puerta del calabozo y casi la rompió, porque entonces ya tenía mucha fuerza.

—¡Quietos!—gritó una voz en el exterior.—Si volvéis a golpear la puerta, os daré una paliza.

—Pues la golpearé otra vez—contestó Carlos, muy complacido.—Y, cuando salgamos, todos tendrán un susto.

Repitió los puntapiés contra la puerta y, al fin, consiguió romperla. Acudió el carcelero irritado, mas, al ver la talla gigantesca de los dos niños, se puso pálido y emprendió la fuga.



LOS DOS NIÑOS CONSIGUIERON SALIR POR LA
PUERTA

—Salgamos ahora—aconsejó el niño.

En efecto, poco después se vieron en la calle y notaron que todos huían de ellos en extremo asustados.

Siguieron andando calle abajo, atemorizando a cuantos encontraban y pronto llegaron a una encrucijada. Vieron en ella un poste indicador, en uno de cuyos brazos se leía: "Al país de los gigantes".

—¡Oh, vayamos por ahí!—dijo la niña.—Como ahora ya somos gigantes, me gustará mucho ver a otros.

Tomaron aquella dirección y, después de media hora de marcha, vieron unos árboles enormes, lo cual les dió a entender que se hallaban cerca del País de los Gigantes. No tardaron en llegar a su pueblo, pero allí observaron, aterrados, que los gigantes eran mucho mayores de lo que habían supuesto. Y aunque Carlos y Carmen tenían una estatura y una corpulencia superiores a las de los niños normales, aun resultaban pequeños comparados con aquella gente.

Un gigante enorme, con ojos como platos, fué el primero en descubrirlos. Los contempló con asombro y luego, con voz de trueno, llamó a sus amigos:

—¡Eh, mirad! Aquí hay unos niños muy extraños.

No tardaron los hermanos en verse rodeados por una docena de gigantes, cosa que no les gustó. Uno de aquellos seres tocó con su índice el pecho de Carlos.

—Es de carne y hueso—exclamó con voz ensordecedora.—No es ninguna muñeca.

—¡Claro que no! ¡Y no me toque usted así!—replicó Carlos, irritado.

A los gigantes les divirtió su enojo y volvieron a darle empujones con las puntas de sus dedos, de modo que el niño quedó dolorido en varios sitios.



ERA UNA LOMBRIZ DE TIERRA, QUE PARECÍA UNA SERPIENTE ENORME

—Son horribles — observó Carmen casi llorando. — ¿No podríamos huir?

—¿Cómo?—replicó Carlos, ladeándose para evitar otro dedo.—Ya lo sé, Carmencita. Vamos a comer otro caramelo.

Buscaron en las bolsas de papel que llevaban y aquella vez comieron un caramelo de color rojo. Un momento después disminuyeron de tamaño, y por contraste, los gigantes les parecían cada vez mayores, hasta que llegaron a adquirir las proporciones de las montañas.

—¡Aprisa! — dijo Carmen. — Corramos antes de que nos pisen.

Vieron un agujero en el suelo y corrieron a refugiarse en él. Les pareció un oscuro túnel, pero, en realidad, era un agujero abierto por una lombriz de tierra.

Se metieron en aquel túnel y, de pronto, pudieron ver un animal que les pareció una enorme serpiente; pero, en realidad, no era más que un gusano de tierra que, con la mayor bondad, se estrechó cuanto pudo para de-

jarlos pasar. Ellos lo hicieron, algo asustados; luego una gran cucaracha, a la que asustaron, pisó los pies de Carmen. Aquello era terrible.

—Quisiera estar fuera de aquí—dijo Carlos.—Mira, Carmen, a lo lejos veo un puntito de luz. Sin duda, allí termina el túnel. Ven.

Siguieron andando y, por último, llegaron al descubierto, iluminado por el sol, y vieron el suelo cubierto de hierba. No había nadie por allí cerca, pero a alguna distancia pudieron ver a unos enormes animales de color parduzco.

—Sin duda, son las vacas de los gigantes—dijo la niña.—Supongo que no nos comerán.

Las vacas, al divisar a los dos niños, se aproximaron a ellos y una bajó la cabeza para comérselos. Carlos tomó la mano de su hermana y echaron a correr seguidos por las vacas, que estaban llenas de curiosidad.

Los niños se ocultaban tras de las plantas y de pronto se fijaron en que las vacas, al pacer, dejaban intactos los cardos. Y en vista de eso resolvieron comer uno de los caramelos "Pinchos".

En efecto, así lo hicieron y, en el acto, sus cuerpos respectivos se cubrieron de espinos. Entonces las vacas se apresuraron a dejarlos en paz y se alejaron.

Los dos hermanos dieron, de pronto, con una madriguera de conejos y asustaron mucho a los que estaban refugiados allí. Siguieron aquella galería hasta que, por último, llegaron a la salida, situada a cierta distancia. Viéronse entonces en la verde ladera de una colina y junto a un cartelón que decía: "Colina de las escobas. Los intrusos serán convertidos en caracoles".

Muy asombrados leyeron aquel aviso, pero no tuvieron tiempo de examinarlo a su sabor, porque, de repen-



UN CENTENAR DE BRUJAS QUE VOLABAN EN SUS ESCOBAS, SURCABAN EL CIELO

te, oyeron un zumbido en el aire y, al levantar la mirada, vieron a un centenar de brujas que atravesaban el cielo, volando sobre sus escobas. Iban tan apiñadas, que parecían una nube negra que ocultaba el sol. Lue-



SE LLEVARON A LA BOCA LOS CAMELOS

go todas tomaron tierra en la vertiente de la colina.

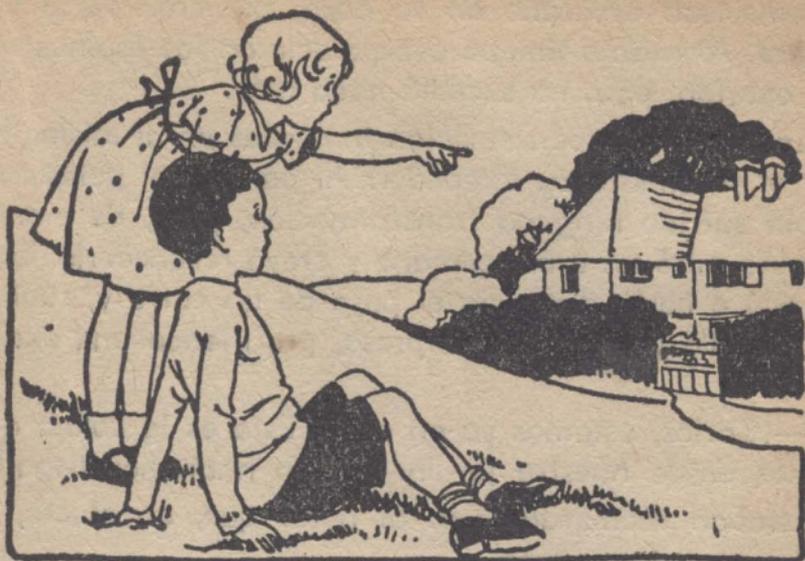
Como es natural, descubrieron en seguida a Carmen, rodeada de espinas como estaba. Su hermano se había ocultado en una mata, pero la niña, a causa del asombro, no pensó en tomar tal precaución.

Cuando las brujas se dirigían hacia ellos, Carlos se acercó a su hermana y le dijo al oído:

—¡Cómete un caramelo! Toma el rojo y ya veremos lo que sucede.

—¿Dónde están esos intrusos?—preguntaron las brujas.—Vamos a convertirlos en caracoles. ¿Cómo se han atrevido a venir a esa colina para enterarse de lo que hablamos?

Los dos niños, apresuradamente, se llevaron a la boca los caramelos y luego se miraron, pero, con grande asombro, no fueron capaces de verse. De momento no



—¡MIRA NUESTRA CASA!—EXCLAMÓ CARMEN

comprendieron lo sucedido, pero después se dieron cuenta de que los caramelos los habían vuelto invisibles.

A tientas se cogieron las manos y mientras las brujas los buscaban muy extrañadas, ellos descendieron hasta el pie de la colina.

—Ya estoy cansada de esas aventuras. ¿Y tú, Carlos? Por ahora todo el mundo nos persigue. Valdrá más que volvamos a casa—dijo la niña.

—Lo malo es que no sabemos el camino—contestó su hermano mirando a su alrededor.—Tengo hambre y quisiera estar en casa, pero no sé cómo ir allá.

—Tomemos el último caramelo para ver qué sucede—aconsejó Carmen sacando la bolsa de papel.—Me parece que éstos nos devolverán a nuestra casa.

En efecto, tomaron el último caramelo y antes de que

se hubiesen deshecho en su boca, pudieron verse uno a otro. Al mismo tiempo desaparecieron las espinas que los cubrían, pero no sucedió nada más.

Los dos niños permanecían inmóviles en el mismo lugar y mirando a su alrededor. Al parecer el paisaje no había sufrido ninguna transformación, pero, de pronto, la niña miró un árbol cercano y creyó reconocerlo. Luego oyó a corta distancia el paso de un carro y, súbitamente, dió un salto de sorpresa, profiriendo una exclamación.

—¡Carlos, estamos ya en casa! Esta es la colina que vemos desde nuestro jardín. ¿Cómo habremos llegado?

Estaban asombradísimos al notar que, en efecto, se hallaban ante su casa.

—Es extraordinario—exclamó Carlos.—Hemos vuelto después de haber pasado muchas aventuras prodigiosas. Vamos a contárselo a mamá. Quizá nos acompañará a visitar la extraña dulcería del bosque.

Aquella noche contaron a su mamá todo lo que les había ocurrido. Ella no quería creerles y al día siguiente la llevaron al bosque para mostrarle aquel pueblecito extraño y la dulcería, pero no pudieron hallar ni una cosa ni otra; únicamente encontraron multitud de madrigueras de conejos.

EL ARO ROJO Y AMARILLO

Alberto había visto un barco en el escaparate de la tienda de juguetes. Tenía una hermosa vela blanca y en la popa vió pintado el nombre de **La Gaviota** y sintió grandes deseos de adquirirlo.

Vació su alcancía y vió que tenía recogidas seis pesetas, o sea, exactamente, el precio del barco.

—Mamá, ¿me dejas comprar un barco?—preguntó.
—Tengo el dinero necesario. Lo he estado ahorrando durante largo tiempo.

—Bueno, cómpralo, pero llévate a Nieves.

Ésta era la hermanita de Alberto. Y como la quería mucho, fué a buscarla.

—Ven, Nieves — le dijo. — Voy a comprar un barco. Acompáñame.

Salieron ambos calle abajo, pero cuando estaban a punto de llegar a la tienda de juguetes, Nieves se cayó y se hizo un corte en la rodilla. Asustada, se puso a llorar. Alberto, muy disgustado, le vendó la rodilla con su pañuelo.

—No llores, Nieves. Pronto te pasará el dolor. Mira, te he vendado la rodilla con mi pañuelo.

Pero la niña quería volver al lado de su mamá, de modo que Alberto no sabía qué hacer.

—No llores, niña—le dijo.—Si quieres, te compraré un juguete, pero no llores.

Nieves se frotó los ojos y cesó de llorar.



CONTÓ SU DINERO Y VIÓ QUE TENÍA BASTANTE

—¿De veras?—preguntó.—Me figuraba que no tenías dinero más que para el barco.

—No importa, volveré a reunir dinero para comprarlo. Ahora te compraré algo, a fin de que no te acuerdes más de la rodilla.

El niño se conducía con mucha bondad. Sentía intensos deseos de comprarse el barco y le constaba que después de comprar un juguete a su hermana ya no le quedaría dinero para su barco. Pero quería mucho a la niña y deseaba consolarla.

Entraron en la tienda de juguetes y Nieves miró a su alrededor, sin saber qué escoger. ¿Una muñeca? ¿Un libro? ¿Un tren?

—¿Has visto esos aros nuevos?—le preguntó el vendedor, señalándoselos.—Están pintados de brillantes colores y hacen muy buen efecto al rodar. Los palitos también están pintados.

—¡Oh, sí! Me gustaría mucho un aro—dijo la niña, complacida.—Lo quiero rojo y amarillo.



—¡AGÁRRATE!—GRITÓ ALBERTO

—¿Cuánto vale?—preguntó Alberto, metiendo la mano en el bolsillo para sacar el dinero.

—Todo junto seis pesetas—dijo el tendero.

Alberto pagó y salió de la tienda con su hermana, que estaba muy contenta. El aro era precioso, de modo que ya no volvió a acordarse de la herida de la rodilla.

Cuando volvían a su casa, pasaron a corta distancia del río y, de pronto, Alberto oyó un grito.

—Espera—dijo a su hermana.—Me parece que alguien pide socorro. Quizá se ha caído al río. Vamos a verlo, Nieves.

Los dos niños se acercaron a la orilla y miraron al agua, donde pudieron ver a una niña que luchaba por mantenerse a flote.

Alberto no sabía nadar y el agua era allí demasiado profunda. ¿Qué haría? No vió a nadie a quien acudir y había que hacer algo, para que la niña no se ahogase.

De pronto se le ocurrió una idea magnífica. Llamó a Nieves, que estaba muy asustada, y le pidió el aro.

Alberto se sujetó con una mano a la rama de un árbol y tendió el aro a la niña, diciéndole:

—Agárrate.

Ella extendió las dos manos y se sujetó al aro. Alberto se sintió casi arrastrado por el peso de la desconocida, pero Nieves lo sujetó por la cintura. Luego, gradualmente, atrajo a la niña hacia sí, en tanto que el aro perdía su forma circular, a causa de la tensión. Y cuando aquella niña llegó a tierra, el aro se rompió.

—Muchas gracias—exclamó.—Has tenido muy buena idea al tenderme el aro. Siento mucho que se haya roto. Le diré a mi papá que te compre otro.

—No importa — dijo Alberto. — Más vale que nos acompañes a nuestra casa para secarte. Vivimos muy

cerca. Mamá te cuidará y te dará alguna ropa de Nieves para que te la pongas.

Así lo hicieron y después, cuando la acompañaron a su casa, los padres de la niña acudieron y al oír la historia de lo ocurrido, no sabían cómo manifestar su gratitud a Alberto y a Nieves.

—Mañana iréis a nuestra casa a merendar con Lucía. Daremos una pequeña fiesta para demostraros nuestro agradecimiento.

La fiesta fué muy agradable y, al final, la mamá de Lucía se presentó con dos paquetes. Uno para Alberto y el otro para Nieves. ¿No adivináis qué contenían?

Nieves recibió otro aro igual que el primero y Alberto vió que su paquete contenía un barco de vela mayor que aquel que quiso comprarse. ¡Qué suerte tuvo!

—Lo mereces, Alberto—le dijo su mamá en cuanto hubo regresado a su casa.—Primero te gastaste tu dinero en complacer a tu hermanita y luego tu bondadosa acción te ha proporcionado un juguete mejor del que esperabas. Estoy orgullosa de ti.

Y el niño quedó muy complacido.

EL PERRITO Y LA DUENDECILLA

Bob era un cachorro de perro, negro y de orejas colgantes. Vivía con sus amos en una casa de la ladera de la colina y le gustaba ir por los alrededores a asustar a los conejos.

Un día fué a olfatear una madriguera bastante grande, que encontró al pie de una mata. Oisqueó y empezó a rascar la tierra, cuando, de pronto, sintió un dolor agudo en su pata delantera derecha. Dió un ladrido y, levantando el miembro, se preguntó qué sería.

Luego se lamió la pata, pero seguía doliéndole. Pensó en volver a su casa para que su ama lo curase, mas, cuando quiso echar a correr cuesta abajo, observó que no podía apoyar la pata en el suelo, porque le dolía mucho. Intentó correr con las tres patas restantes, pero, con gran frecuencia, se olvidaba de su mal y apoyaba en el suelo su pata enferma.

En vista de eso se sentó en la hierba y dió un fuerte aullido. Como no era más que un cachorro, estaba asustado. Aquella era la primera vez que se hacía daño y no llegaba a comprenderlo. ¿Por qué le dolería tanto la pata?

Mientras estaba aullando, oyó una voz que desde unas matas cercanas le dirigía la palabra.

—¿Qué te pasa? Me has despertado con tu aullido, perrito. ¿Por qué haces tanto ruido?



NO CAZABA NINGÚN CONEJO, PERO LE GUSTABA
METER EL HOCICO EN LAS MADRIGUERAS

Bob, sorprendido, levantó la mirada y vió a una duendecilla que se mecía en una hamaca, hecha con ramitas de helecho. Vestía un traje de telaraña plateada y se cubría la cabeza con una campanilla.

—¡Caramba!—exclamó Bob.—¿Quién eres?

—Una duendecilla—contestó el pequeño ser.—Vivo en la ladera de la colina y me encargo de peinar a los gazapitos para sus mamás. Eso me tiene ocupada toda la mañana. ¿Y a ti, qué te pasa? ¿Por qué haces tanto ruido?

—Siento mucho haberte despertado—replicó el pe-

rrito.—Pero me ocurre algo raro en esta pata, porque me duele mucho al andar.

—Déjame que la vea—exclamó la duendecilla, saltando ágilmente al suelo. Luego se acercó al perrito y le examinó la pata.

—Tienes clavado un pincho—dijo.—¡Pobrecito! No es extraño que te duela. Voy a sacártelo.

—No me hagas daño—replicó el perrito.

—No tengas miedo—contestó la duendecilla.—Mira, ya está fuera. Era un pincho muy largo.

El perrito miró y pudo ver que el pincho era, realmente, muy grande. Luego la duendecilla sacó un pañuelo de su bolsillo y le vendó la pata.

—Ya está—le dijo.

—Eres muy buena—replicó Bob, agradecido.—Quizá algún día podré hacerte un favor.

—No lo espero—contestó ella encaramándose a su hamaca.—Dentro de poco ni te acordarás de mí.

Pero Bob no la olvidó, sino que, con frecuencia, pensaba en ella y en sus manos suaves. Guardaba en su perrera el pañuelo que ella le puso en la pata, a fin de no olvidar a la duendecilla que lo curó. Con frecuencia lo olfateaba, deseando que llegase la ocasión de devolverle el favor.

Transcurrieron varios meses, pasó el verano y llegó el otoño. Los árboles se desprendieron de sus hojas, los helechos de la colina adquirieron un color pardo rojizo. Bob se preguntaba si aun estaría allí la duendecilla, pero cuando fué a verlo, no la halló en parte alguna.

Llegó el invierno, que fué muy riguroso. Nevaba todos los días, de modo que la colina no tardó en estar cubierta de blanco desde la falda a la cumbre.



—SIENTO HABERTE DESPERTADO—DIJO EL PERRO

Bob tenía la perrera en el patio y su ama la llenaba de paja y heno, para que estuviese caliente y, además, la volvía de modo que el viento no entrase directamente. Gracias a eso, el perro gozaba de una temperatura deliciosa, de modo que estaba encantado con su perrera.

Una noche oyó un leve ruido en el patio y enderezó las orejas. Pronto pudo convencerse de que alguien lloraba y se lamentaba.

—¡Pobre de mí! ¡Qué frío tan espantoso! No encuentro un lugar abrigado. Con toda seguridad me moriré de frío.

Bob reconoció aquella voz. Salió presuroso de su perrera y casi derribó a un ser diminuto que estaba temblando en el centro del patio.

—¡Cuidado, torpe!—exclamó el desconocido personaje.—Por poco me tiras sobre la nieve y bien sabe Dios que ya tengo bastante frío.

—¿No me conoces, duendecilla? Soy Bob, el perrito a quien cuidaste el verano pasado—dijo el perro con vehemencia.—¿Has venido a verme?

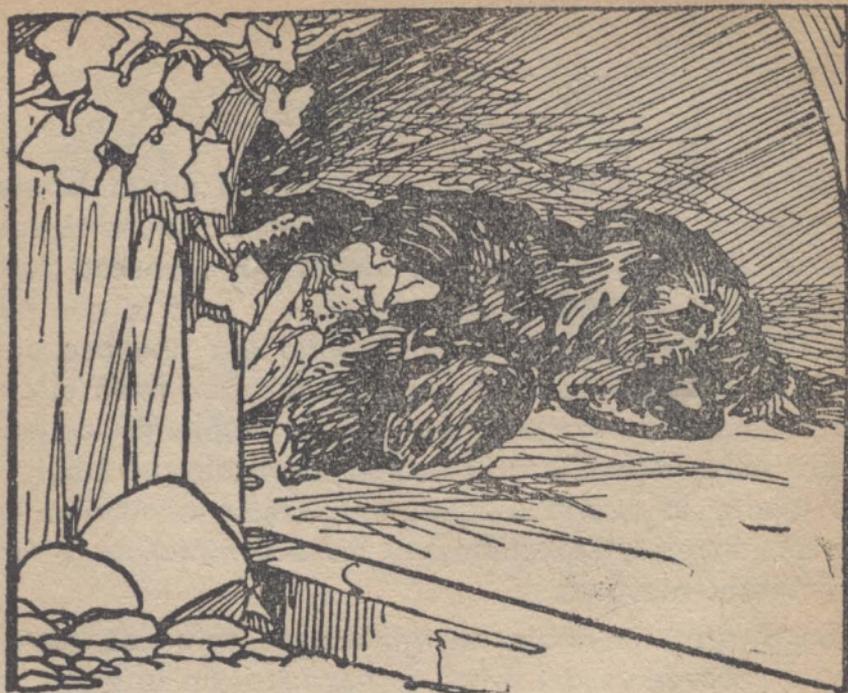
—No—contestó la duendecilla, temblando.—Ignoraba que vivieses aquí. Me he visto precisada a alejarme de la ladera de la colina, porque hace demasiado frío. Y como no tengo a dónde ir, moriré helada.

—Ven a vivir conmigo—le dijo el perro.—Me darás una gran alegría.

—Tú, con seguridad, dormirás en un cesto dentro de la casa, ¿verdad?—preguntó la duendecilla.

—No, tengo una casita muy mona para mí solo, llamada perrera—contestó Bob—y resulta muy cómoda y caliente. Ven conmigo y ya verás cómo estaremos muy abrigados.

Llevó a la temblorosa duendecilla a su cálida perre-



LLEVÓ A LA DUENDECILLA A SU PERRERA

ra y ella se tendió agradecida en el heno suave que había dentro. Luego se acurrucó al lado del perro y, en breve, se sintió reconfortada por el calor.

—Esto es magnífico—dijo.—Hace muchas semanas que no había estado tan bien. ¡Oh, si pudiera quedarme!

—Quédate—dijo Bob,—aunque mi ama lo supiese, no tendría ningún inconveniente, sino que, por el contrario, se alegraría. Y ya ves cómo ha llegado la ocasión de devolverte el favor que me hiciste. Ahora podrás acompañarme todo el invierno y cuando llegue el verano, vuelve, si quieres, al bosque.

Así, pues, vivieron muy felices en la misma perrera.

EL TENTETIESO

Clara tenía muchos juguetes, hasta el punto de que la habitación en que los guardaba parecía un establecimiento dedicado a su venta. Había allí muñecas, fantoches, osos, conejitos, perros, trenes y todo lo que podáis imaginaros, pero lo más bonito era una pequeña muñeca que representaba a un hada y que tenía el cabello dorado y rizado y unas alitas resplandecientes.

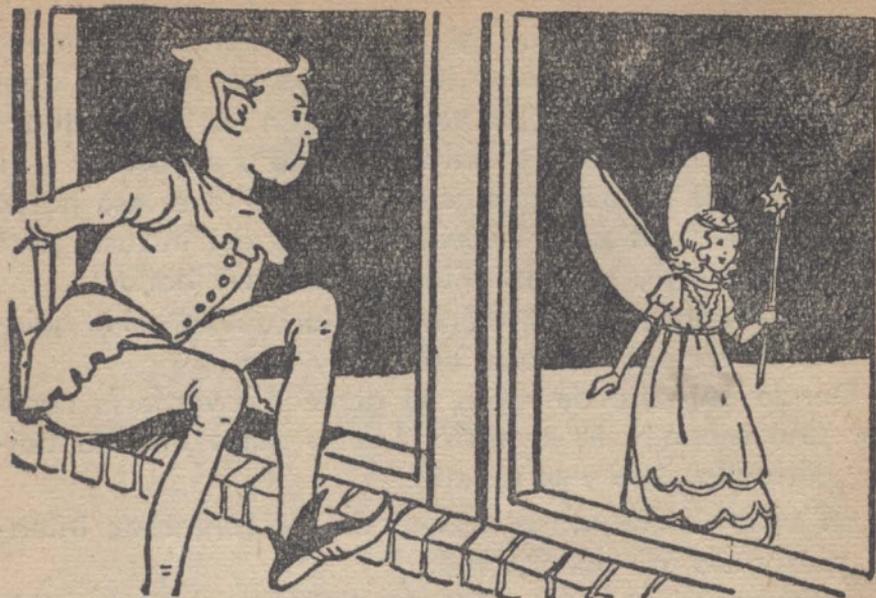
Era muy bella. Clara la recibió de regalo del árbol de Navidad y la quería mucho. Y también la querían los demás juguetes, especialmente los dos fantoches y uno de los osos mayores.

En el armario había un muñeco de celuloide, igualmente procedente del árbol de Navidad. En la parte inferior de su cuerpecillo tenía un pedazo de plomo redondeado de modo que por más que se le quisiera derribar, siempre se ponía en pie. Era un tentetieso.

Quería mucho a la muñeca y ella, por su parte, también sentía simpatía por él, pero los dos fantoches y el oso le hacían continuas burlas por ser de celuloide, y la muñeca, algo avergonzada, fingía no conocerle.

Además, nunca le dirigían la palabra, de modo que el pobre estaba muy solo y muchas veces había deseado verse de nuevo en el árbol de Navidad, al lado de la locomotora, a la que tanto quiso.

Un día, un geniecillo verde fué a vivir en la mata de lilas que crecía ante la ventana del cuarto de los juguetes. Era un mal sujeto, de ojos, cabellos y traje verdes. Andaba buscando esposa y cuando vió a la linda hada-muñeca se enamoró de ella.



—ESTA ES LA ESPOSA QUE ME CONVIENE—SE DIJO
EL GENIECILLO VERDE

“Esta es la esposa que me conviene—pensó, mientras le brillaban los ojos.—Es linda como un hada. Y como ninguna querría casarse conmigo, por mi mal carácter, obligaré a esta muñeca a que sea mi mujer.”

Preparó cuidadosamente su plan y al fin decidió entrar por la ventana una noche de luna, mientras los juguetes se hallaban en el suelo. Invitaría a bailar al hada-muñeca y cuando nadie lo sospechara se la llevaría por la ventana y los juguetes ya no la verían nunca más.

Pero una ardilla roja que había oído murmurar al geniecillo mientras se deleitaba repitiendo para sí este plan, avisó a los juguetes de sus intenciones. Ellos, entonces, conferenciaron y decidieron que en cuanto entrase el geniecillo cerrarían la ventana y así no podría huir con la muñeca. Luego le darían una buena paliza.

Ocurrió como habían imaginado. Mientras bailaban una noche a los acordes de la caja de música, apareció el geniecillo por la ventana, con los ojos brillantes como brasas verdes. Saltó al suelo y se acercó a la muñeca, que se asustó mucho. En el acto el oso pardo cerró la ventana para impedir la fuga del intruso, pero éste no se fijó, porque sólo pensaba en bailar.

—No—contestó ella, meneando la cabeza.—No quiero bailar contigo, porque eres muy feo.

Dando un grito de rabia, el geniecillo verde la cogió por una mano y la arrastró. Luego quiso hacerla bailar, pero ella gritó y se resistió.

En aquel momento el mayor de los fantoches intentó quitársela al duendecillo.

—Os pegaré a todos si no me dais esa muñeca—chilló el intruso.—Quiero hacerla mi mujer.

—¡Déjala!—gritó el fantoche, rabioso, dando una bofetada al geniecillo.

Éste soltó a la muñeca y se arrojó contra su enemigo. Ambos empezaron a luchar y, al poco rato, el fantoche cayó sin poder levantarse y el geniecillo, dando un grito de júbilo, corrió hacia la muñeca.

Pero aquella vez el oso le rechazó y levantó las patas para luchar. El geniecillo empezó a golpearle sin que el oso pudiese devolverle sus golpes, porque era muy pesado. Por último cayó ruidosamente al suelo.

El geniecillo se dirigió una vez más a la asustada muñeca y aquella vez nadie se atrevió a impedirlo. La muñeca gritó y quiso rechazar a su raptor.

—¡Oh, socorredme!—gritó.

Entonces el tentetieso se decidió. Aunque era de celuloide, estaba dispuesto a impedir el rapto.

El geniecillo oyó un ruido muy raro y, de pronto, vió



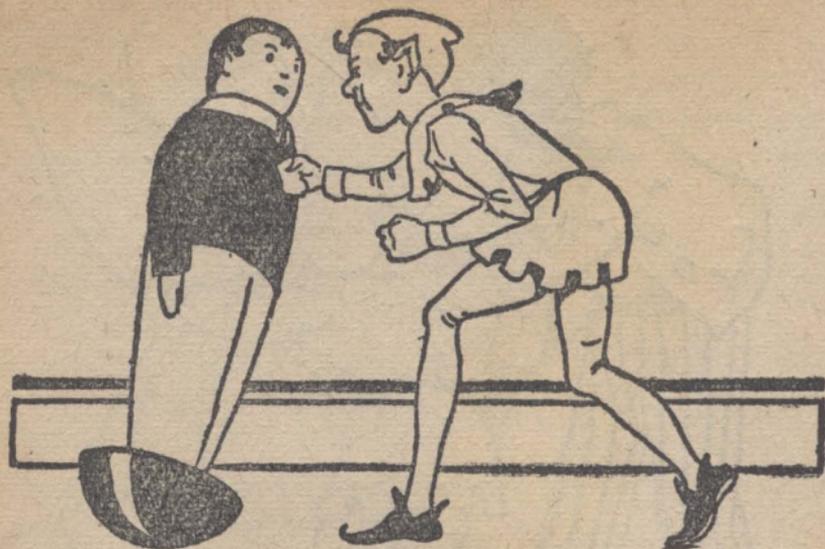
—¡SUÉLTALA!—EXCLAMÓ EL FANTOCHE, DAN-
DOLE UNA BOFETADA

que el tentetieso rodaba hacia él y se echó a reír.

—¡Caramba! ¿Vienes a luchar conmigo? ¡Idiota! No eres capaz de resistir a un ratón.

—Ya lo verás—contestó el tentetieso.

El geniecillo se arrojó contra él. Dióle un fuerte puñetazo y el tentetieso se inclinó al suelo, pero volvió a ponerse en pie. Aquella lucha era muy rara, porque por más que pegase el duendecillo, no lograba derribar al tentetieso, de modo que al fin se cansó.



POR MUCHO QUE LE PEGABA, EL TENTETIESO
VOLVÍA A PONERSE EN PIE

El pobre tentetieso estaba lleno de golpes y contusiones, pero, de vez en cuando, conseguía pegar al geniecillo.

—No podrás derribarme—exclamó.

Y, en efecto, el geniecillo no lo consiguió. Por último, ya derregado, desistió de su empeño, se dirigió a la ventana, la abrió y se marchó... pero sin la muñeca. Había sido derrotado por el tentetieso. Todos los juguetes lo rodearon para felicitarlo por su valor.

—En realidad—contestó modestamente el tentetieso—yo no he vencido al duendecillo, me he limitado a resistir sus ataques.

—Eres muy guapo—contestó la muñeca.

Él se cayó de alegría, pero en el acto se levantó.

CUADERNOS DE DIBUJO



Nuevas series con numerosas láminas para colorear, obras de expertos dibujantes, con hermosos modelos en colores. Todos los cuadernos contienen detalladas instrucciones sobre cómo debe pintarse y combinarse los colores, para facilitar el trabajo de los niños.

Nos. 39 al 42—Serie “Marujita”	\$ 0.15
„ 43 „ 46—Serie “Historia y Leyenda”	„ 0.20
„ 47 „ 50—Serie “Mis primeros Cuentos”	„ 0.40
Nº 51—El pato bromista	„ 0.50
„ 52—Isidoro halla un tesoro	„ 0.50
„ 53—El sueño de Periquín	„ 0.50
„ 54—Don Hipo en Cerdilandia	„ 0.50
„ 55—María la perezosa	„ 0.50
„ 56—El zorro bandido	„ 0.50
„ 57—El columpio	„ 0.50
Nos. 58 al 61—Serie “Aventuras”	„ 0.70
„ 62 „ 63—Serie “Cuentos Clásicos”	„ 1.—



Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas a:

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES

Libros de Fábulas



Con esta serie EDITORIAL MOLINO lleva hasta los niños las grandes enseñanzas morales que encierran las fábulas de los consagrados maestros de este género literario. Cada libro lleva un dibujo a pluma por fábula y la cubierta a todo color

Publicados:

- 1—FABULAS DE SAMANIEGO
- 2—FABULAS DE IRIARTE.
- 3—FABULAS DE ESOP.
- 4—FABULAS DE LA FONTAINE.
- 5—FABULAS DE PRINCIPE.
- 6—FABULAS ESPAÑOLAS.
- 7—FABULAS AMERICANAS.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: S 2.50



EDITORIAL MOLINO ARGENTINA

MIGUELETES 1073

BUENOS AIRES